

# LOS INTELLECTUALES EN LA CRISIS SOCIAL PRESENTE

FRANCISCO AYALA

Incapacidad del intelectual frente a la crisis. La reacción de la conciencia social, desproporcionada. Explicación de su exceso: tendencias aniquiladoras, resentimiento; sanción moral, angustia y abandono. La intelectualidad en la sociedad moderna. Su proceso es un aspecto parcial del proceso de la sociedad liberal burguesa. Tendencias esenciales de esta. El racionalismo individualista. La burguesía, clase social abierta y progresista. Su mecánica: la libre competencia. La intelectualidad, constituida según el modelo típico de la estructura social burguesa. Inserción típica e inserciones adyacentes del intelectual en la sociedad liberal burguesa: influencia de una y otras. La intelectualidad como profesión liberal. El público. Relación entre el intelectual y el público: sus consecuencias. Ilusión de una independencia del intelectual respecto de la sociedad. Otros factores que la robustecen. La intelectualidad, como autoridad espiritual suprema en la sociedad burguesa. Contraste entre esta autoridad y la carencia de todo poder. Nuevo desarrollo de la ilusión de una total independencia del pensamiento y del espíritu. Carácter antisocial del intelectual moderno: sus causas. Un estudio a fondo del problema planteado tendría que considerar el proceso, y no solo la situación típica. Esta es, sin embargo, decisiva. Reacción del intelectual frente a la crisis. En qué consiste la crisis. Cómo la crisis destruye los supuestos sociales de la intelectualidad moderna. Tres posibles reacciones de los intelectuales. Su fracaso no es accidental; está en la naturaleza de las cosas.

QUIZÁS UNO de los efectos más amargos y deprimentes de la crisis social del presente, tan pródiga en torturas, es la manera como desmonta y envilece a los portadores de la espiritualidad, incapaces en ella, no sólo de cumplir su cometido, sino también en muchos casos señalados, de guardar la debida compostura. Y así, vemos, conforme la general situación de crisis se agudiza en este o el otro país

## EL TRIMESTRE ECONOMICO

y se producen en él tensiones extremas, cómo los intelectuales, víctimas al parecer de una fatalidad inexorable, pierden los caminos del mundo y hasta, con frecuencia, el respeto que así mismos se deben, arruinando con ello el crédito—precario siempre y ya en plena declinación—que disfrutaban por parte de capas más o menos amplias del público. Ante él, al hacerse dramáticas e imperiosas acá o allá las circunstancias, se retiran por el foro con la presurosa turbación o el cínico aplomo de comediantes abucheados a los que el maquillaje se les ha descompuesto. Y si hay unos pocos que, llegado el caso, se recluyen en su simple dolor de hombres y retroceden al plano humilde en que las angustias de la situación son iguales para todo el mundo, la excepción que constituyen habla a favor de su calidad personal o de su instinto, pero confirma la incapacidad genérica para sostenerse frente a las más duras alternativas, como cultores del espíritu.

Creo que el fracaso de la intelectualidad en la crisis de nuestro mundo es un hecho evidente, que sería demasiado penoso ilustrar con ejemplos y detalles. Como también me parece bien perceptible—aún cuando casi siempre carezca de expresión pública o sólo tenga una expresión pública muy deficiente—la reacción de la conciencia social frente a ese fracaso: reacción acerba, de hostilidad virulenta, excesiva, y desproporcionada. Pues—al igual que los intelectuales—han sido muchos, por no decir todos, los grupos funcionales que, revelándose inferiores a las exigencias de unas realidades imponentes, se han mostrado incapaces, y por cierto, con una incapacidad de efectos más inmediatos, directos y perceptibles que la de estos hombres a quienes, desde hace tiempo, propendía el vulgo a considerar como excrecencias sociales de actividad parasitaria, marginal e irrelevante. Y, por otra parte, lo magno y profundo de la crisis ¿no hace disculpable en algún modo la desorientación y conducta inepta de estos desafortunados

## LOS INTELLECTUALES EN LA CRISIS SOCIAL PRESENTE

propulsores del espíritu? . . . Entonces, ¿de dónde viene el acento de irritación sobreaguda de los denuestsos con que, entre dientes, acoge la gente su fracaso?

Quizás la consideración de este fenómeno reflejo contribuya a ponernos sobre la pista de algunas de las causas del hecho capital. A poco que se medite, desentrañaremos, de entre el complejo de motivos que concurren en esa reacción excesiva, por lo pronto, el vulgar resentimiento que siempre estalla a la caída de cualquier jerarquía, como expresión del instinto de destrucción, desenfreno y ruptura de formas que late en el fondo del ser humano a modo de protesta contra el esfuerzo y la renuncia que de él exige la vida en sociedad. Este resentimiento se hace más sañudo y violento contra los poderes espirituales, porque son poderes que se han impuesto, no por superioridad material en un normal juego de fuerzas, sino en virtud de una calidad distinta, sutil y esquivia, de una naturaleza inquietante, mágica, a la que apenas si se le hubiera querido conceder beligerancia.

Pero si apuramos el examen, quizás ni aun en este resentimiento sea todo negativo: pues lo espiritual constituye el núcleo más auténtico y noble de la persona, en donde ésta aspira a lo absoluto, y en donde se hace más duro el sacrificio de acatar supremacías; de donde el furor contra las fallas de jerarcas con tanto pesar reconocidos.

Pero hay también en ese furor una especie de sanción de tipo moral contra el pecado de soberbia de quienes se afirman frente a los demás como intelectuales; obsérvese cuánto engreimiento lleva implícito la propia palabra *intelestantsia*, intelectualidad, que suena casi como una ofensa contra el género humano, y en la que reluce algo del viejo mito satánico, algo de establecimiento y afirmación social de la potencia del mal.

E igualmente, hay en ese furor sadismo que se des-

## EL TRIMESTRE ECONOMICO

carga sobre el figurante, bufón, u hombre de placer que, en algún modo, sigue siendo el intelectual para el público de que depende.

Pero lo que hay sobre todo, lo que principalmente hay, es angustia, angustia y defraudación, un implacable sentimiento de abandono, porque la "intelectualidad" de que se aguarda la palabra, la salvación y el consuelo, la guía en el laberinto y la clave del jeroglífico, se derrumba, también ella, en el momento de mayor necesidad, y se muestra incapaz, incapaz hasta la desesperación; a la hora en que se le pide que haga honor al crédito que con tanta presunción había recabado, porque el mundo se ha hecho ininteligible, solo ofrece, cuando más, el gesto de los brazos cruzados, mudos, bajo una noble faz dolorida y, en la mayoría de los casos, el gesto acucioso de los innobles afa-nes, actitudes de bellaquería chocante. Y entonces se grita la desilusión de denuestos...

De esta exigencia desatendida podemos inferir ya una primera indicación acerca de la peculiar posición de los intelectuales en la sociedad moderna: el "cuerpo de la Cultura" ha asumido cada vez más, dentro de ella, a partir del Renacimiento, una fisonomía funcional y profesional definida, e incorporado, como grupo, el ejercicio de profecía y augurio, y sobre todo, de oráculo, en una acción de tipo sacerdotal. Sería prolijo y excedería del propósito de este ensayo, el intento de descripción del proceso mediante el cual se ha constituido la intelectualidad moderna con los rasgos que le son peculiares. Es, en definitiva, un aspecto especial del total proceso de formación de la sociedad liberal burguesa, que se inicia con la ruptura de las estructuras de donde se disuelven más o menos rápidamente—pero hasta en sus últimos vestigios, al final—todas las posiciones estamentales. La compleja trabazón de éstas cede el paso a un tipo de sociedad cada vez más fluída, cuya atomización definitiva es hoy espectáculo para nues-

## LOS INTELLECTUALES EN LA CRISIS SOCIAL PRESENTE

tros ojos y angustia para nuestras vidas. La burguesía liberal fué, a un tiempo mismo, resultado e instrumento de ese proceso. En la hora inicial de este, cuando se produce la ruptura de la unidad compleja del Medioevo y se ponen en marcha las disociaciones y especializaciones que llenan la Historia de nuestro mundo moderno, están ahí ya, presentes, los trazos capitales que solo en el siglo XIX han de revelarse en plenitud. Así, por ejemplo, en la sociedad nacional, la autoridad pública aparece disociada en cuanto poder político rigurosamente secular, que delimita su campo y lo reclama en forma incondicionada y *absoluta* como Estado *soberano*; pero este es un centro, de imputación único, incorporado o no por una persona física, que presupone, primero, la correlación directa y uniforme *soberano-súbdito*, y, segundo, la igualdad fundamental de todos los ciudadanos frente al Estado. De este modo, en el aspecto político, el individualismo igualitario y democrático está ya prefigurando en el cesarismo del Renacimiento.

Y si de ahí pasamos al terreno de la Economía, advertiremos, aún más significativamente, cómo las condiciones nuevas elevan entonces lo económico a criterio dominante en la sociedad, y convierten al comerciante en paradigma del ser humano (el comerciante, cuya actividad es la decisiva en la Economía de la época, y cuya actitud mental se basa en el mecanismo del contrato, apoyado a su vez en el supuesto de la igualdad fundamental de las partes contratantes, según el cual concibe el mundo como una armonía dinámica resultante de la libre competencia).

Por otra parte, la ruptura de la unidad católica, las guerras de religión, suprimen la vigencia del criterio de autoridad, y no solo entre las conciencias adheridas al "libre examen", sino también, en forma larvada, entre las que, permaneciendo fieles a la iglesia romana, buscan y

## EL TRIMESTRE ECONOMICO

hallan salidas diversas hacia el racionalismo individualista desde cuya posición se piensa desde entonces, y cuya línea esencial se prolonga hasta penetrar en nuestros días.

Pero todas estas tendencias concordantes solo alcanzan su plenitud de desarrollo en la sociedad liberal burguesa del siglo XIX, en que la clase social que viene siendo protagonista de la Historia desde el Renacimiento, ha conseguido instalarse en formas y estructuras propias y con una vigorosa conciencia de su legitimidad. Dentro del cuadro de su plenitud hemos de considerar a la intelectualidad moderna, si queremos explicarnos la razón íntima de su comportamiento en la crisis que estamos viviendo.

Las características mismas de la sociedad burguesa aclaran por lo pronto el prestigio social y el crédito alcanzado por una intelectualidad que aparece en su seno como grupo distinto, con la función de pensar y producir espiritualmente.

La burguesía, no solo ha sido de hecho una clase social muy abierta y flexible, sino también—lo que es típico—una clase abierta y flexible *por principio*, substancial y esencialmente abierta, pues se funda en la libre adquisición de bienes económicos, a partir del esfuerzo y la actividad individual y ello dentro de un mundo cuyas perspectivas colonizadoras permitían contar con un desarrollo indefinido, que se suponía siempre sobre la misma línea.

Dentro de esta clase se calculaba sobre una jerarquización que se juzgaba natural, por cuanto renovada mecánicamente por el juego de la libre competencia. La manifestación más tosca y caricaturesca de la mentalidad burguesa es la identificación pura y simple de las dotes intelectuales y aún morales con la capacidad económica, según parece formulada con frecuencia en ciertos ambientes, épocas y lugares, sobre todo dentro de tradiciones protestantes. Pero tal esquema se encuentra situado en el fondo de *toda* mentalidad burguesa: el éxito en la libre

## LOS INTELLECTUALES EN LA CRISIS SOCIAL PRESENTE

conurrencia vale como criterio del juicio. Y así, no sólo son los más capaces quienes adquieren, con el dinero, una justa supremacía social, sino que también el libre juego y competencia de opiniones en el Parlamento produce el mejor gobierno, la libre elección en amor conduce hacia la felicidad en la vida privada, y el libre contraste de las ideas proporciona la paulatina y *progresiva* conquista de la verdad. Las raíces que sustentan esta convicción en la conciencia burguesa: igualdad fundamental de todos los hombres y dignidad absoluta de la condición humana, fe en el progreso indefinido de la Humanidad, accesibilidad de la Razón mediante el alumbramiento de los contenidos comunes a todos los hombres, deben ser referidas al entrecruzamiento del pensamiento cristiano con la cultura clásica, o, más exactamente, a la incorporación de ciertos elementos y productos de ésta a la cultura cristiana en una sociedad fraguada sobre una clase abierta, que opera en una economía abierta, que acoge en su seno capas cada día más amplias, y cuyo crecimiento comporta un desarrollo técnico, símbolo del triunfo de la razón sobre la naturaleza.

Ahora bien: esencialmente flexible, móvil, regida por un *ethos* de progreso económico, la producción económica no puede verificarse ya apenas desde instancias sociales firmes que dominen el conjunto,—es decir, no puede ser ya la actividad de individualidades que producen insertas en estructuras sociales sólidas, de las que brota el espíritu como floración graciosa—; sino que el espíritu ha de nacer a campo abierto y como resultado de la libre competencia, según corresponde a la ley básica de esa sociedad; de un modo funcional, especializado, profesionalizado, y por ello, en un grupo autónomo, que actúa ante el público y sobre él.

Ello no está estorbado por el hecho de que existan y se descubran a primera vista, dentro del conjunto de la inte-

lectualidad, formas de inserción social que son pervivencias de estructuras pasadas—como por lo demás acontece en todos los sectores de la sociedad—, o que corresponden a ellas en forma de analogía. No es difícil encontrar, por ejemplo, dentro de la intelectualidad moderna, casos más o menos numerosos de hombres que pertenecen a la burguesía propietaria, y que ejercen desde ella su actividad espiritual; son abundantes aquellos otros que desempeñan una profesión liberal de conexión más o menos próxima con su actividad como intelectuales; algunos que, perteneciendo al clero, están socialmente adscritos a la iglesia; muchos que dependen de la enseñanza, o que forman parte de la burocracia oficial; otros, aún, que están puestos al servicio directo de los poderes económicos, y no faltarán, sin duda, los que se apoyan en el mecenazgo, sea ocasional, sea instituido. Para apurar el catálogo de estas situaciones, casi siempre mixtas y complejas, en tal o cual país, estudiar su evolución y su implicación en fenómenos generales, tales como el de la proletarización creciente o las fases de evolución del capitalismo, sería necesario un material de encuesta de que ahora carecemos.

Pero, cualquiera que sea el influjo de estas pervivencias o formas adyacentes de inserción social del intelectual, que irisan la situación de conjunto; y cualesquiera que sean las variaciones operadas en ésta por las hondas transformaciones sucesivas que ha experimentado ya la sociedad burguesa, queda siempre, como factor decisivo, la forma *típica* de inserción social del intelectual, que ofrece una norma con poder formativo sobre el grupo, porque corresponde en esencia a las claves de la sociedad total. Esta forma típica de inserción determina los caracteres básicos del intelectual moderno, prefigura el esquema de la mentalidad común, informa su conciencia de sí mismo, y condiciona su visión del mundo. Sobre ese fondo, actúan luego las diferencias de la situación personal, y



## LOS INTELLECTUALES EN LA CRISIS SOCIAL PRESENTE

—lo que para nada afecta al propósito y enfoque de este trabajo—todo lo que pertenece a la individualidad, vida, destino y genio. En cierta manera, la situación social concreta de cada uno puede equipararse a incidencias de la vida individual. Podrá serse rentista, o médico, o clérigo con beneficio eclesiástico, o gerente de una gran empresa, o servidor humilde de la misma, u oficial de una Administración Pública, o traductor de una editorial, o maestro de escuela, o bohemio; pero aún cuando solo fueran una minoría del grupo de los que efectivamente se hallasen instalados con plenitud de profesión dentro de su actividad de intelectuales, no por ello dejaría de decidir esta situación—tipo en la conciencia del conjunto, como perspectiva común.

Pues bien: esta situación-tipo no es, en el fondo, otra que la de todas las profesiones liberales. Ya antes quedó expresado: en la sociedad burguesa, cuyos rasgos capitales han sido señalados sumariamente, solo puede darse la producción espiritual como obra de un grupo abierto—la intelectualidad—y según el principio de la libre competencia, frente al público. Ha de ser un grupo abierto, porque el *ethos* de la sociedad burguesa reconoce uno de sus pilares en la igualdad fundamental de todos los hombres, igualdad fundamental cuya traducción social clásica es “igualdad de oportunidades”; y porque la sociedad burguesa se apoya en la idea del progreso, habiendo incorporado de hecho capas de población cada vez más amplias en la zona de la conciencia pública y de la “ilustración”. Iguales motivos imponen su formación con arreglo al principio de la libre competencia, criterio dominante y justicia distributiva—que ha de realizarse de un modo mecánico—, en la sociedad, muy especialmente adecuado a las actividades del intelecto, puesto que la Razón, cuyo germen innato llevan todos los hombres, ha de alumbrarse y conquistarse en la confrontación de opiniones.

En cuanto a la función del público, entiendo que constituye el factor más importante para una caracterización del intelectual moderno. Pues, para éste, el público es, a un mismo tiempo, *juez y mercado*, fundiéndose así, en manera muy significativa, el racionalismo radical de la burguesía—por el que se identifica *sentido común* u *opinión pública* y Verdad—con su concepción economista de la vida y de la sociedad.

Pero el público es todavía otra cosa para el intelectual: es el suelo social sobre el que pisa; es el punto de su inserción en la sociedad. A poco que se reflexione, se advertirán las consecuencias de una tan peculiar especie de inserción—que pertenece a la situación-tipo y ejerce una acción formativa—; pues ese suelo social es un terreno sobremanera arenoso y movable. En efecto: la intelectualidad se inserta en la sociedad total a través de una entidad inestable, sin perfiles ni aristas, una entidad que si no carece por completo de configuración, su configuración procede del agrupamiento espontáneo alrededor de la intelectualidad misma, cuyas articulaciones, sectores, especialidades, e individualidades aún refleja. Esto significa que el intelectual como tal depende inmediatamente, no de una estructura firme, sólida, activa, con sus positivas exigencias, sino de algo que él mismo configura como materia dócil.

Y aún cuando las probabilidades que se ofrecen a su mano, lejos de ser infinitas, están muy limitadas, no suele advertir el rigor de su dependencia, porque ésta se le impone de modo difuso, con una táctica—que podríamos llamar femenina—de repliegue y sugestión, en insinuación y retirada, pasivamente.

Hay que hacer el esfuerzo de imaginación necesario para representarse la serenidad del hombre que piensa y produce espiritualmente desde su puesto social de comando, en una entrañable unidad de destino con la sociedad

## LOS INTELLECTUALES EN LA CRISIS SOCIAL PRESENTE

cuyo gobierno ejerce; la del que actúa desde la incommovilidad de su estamento; la del pensador cristiano que labra dentro del orden de su iglesia; entrever la firme, perfilada concreción del destinatario de su obra, del que podríamos llamar su público, para que nos salte a los ojos el contraste con el intelectual moderno, que se dirige a un público general que él mismo suscita, que parece surgir del caos a su conjuro en formas apenas insinuadas o inseguras como el oleaje del mar, y sobre el cual tiene que apoyarse, sin embargo, al mismo tiempo.

Quizás no haya rasgo tan peculiar de la sociedad liberal burguesa como su público, *el público*. No se trata aquí ya de nada de lo que está sugerido en la significación originaria de la palabra; nada parecido a la comunidad viva y concreta en sus determinaciones. Se trata de algo muy distinto: el público es ahora lo negativo, lo que carece de estructura y de iniciativa, lo pasivo-amorfo; —pero, al mismo tiempo, fuente del vigor auténtico, de las energías renovadoras, humus fecundante, soporte último de la estructura y depositario de la verdad. Y esto corresponde rigurosamente en su esquema a la concepción del mundo propio de la burguesía. Tiene su parangón claro y próximo, para el terreno político, en el cuerpo electoral, —también sin estructura, con una configuración cambiante y fluída, pero de donde proviene la decisión y en donde se apoya el edificio del Estado—; para la Economía, en el espacio infinito de las tierras prometidas a la colonización, sobre las que contaba de modo tácito el pensamiento económico de la burguesía, y que eran también fuente inagotable para su progreso indefinido, objeto de su acción —colonizadora—, y base efectiva del edificio económico capitalista. . . Y siguiendo el paralelo adelante, podemos hallar una nueva identidad, y añadir a la serie de ecuaciones: *público-cuerpo electoral-colonias* el término *selva virgen* cuyo concepto en la literatura romántica expresa

## EL TRIMESTRE ECONOMICO

espontaneidad, exuberancia, multitud, perspectivas sin fondo, ecos innumerables, misterio, autenticidad, unidad esencial; es decir, la Naturaleza, a la que es necesario volver, según la fórmula del tiempo. Recuérdense ahora que, en la metafísica racionalista, Naturaleza y Razón aparecen como una perfecta equivalencia: la Razón reside, innata, en el fondo del alma de cada individuo, y puede ser aislada por el conocimiento, fijando lo que es *común*. De donde la validez fundamental de los dictados de la opinión pública . . .

Dejemos a un lado la cuestión de los supuestos sociales situados en la base de esta concepción del mundo; tal cuestión nos conduciría hacia el problema del condicionamiento sociológico del liberalismo, y en último término de la libertad. Me limito a indicar que el liberalismo corresponde a las zonas no organizadas del hacer social, a lo que está por integrar, insertar y fijar en la sociedad, y que es sólo un modo provisional de situarlo en el conjunto. Para el intento que aquí se trata de llevar adelante, basta con señalar que en el público de la sociedad burguesa concurren muy acusadamente esos caracteres, en virtud de los cuales aparece como algo informe, neutro, abierto, flexible y cambiante.

Se advertiría enseguida la trascendencia de este modo de ser del público sobre la mentalidad de los intelectuales que en él se apoyan. Pues la relación entre ambos, público e intelectuales, no es simple y directa, sino por el contrario, compleja. El intelectual suscita con su tarea la activación del público y opera en su seno agrupaciones más o menos ocasionales adaptadas a su producción; en cierto modo, puede considerar el público, que es su propia base de sustentación, como resultado de su obra, creación suya: el público es *su* público, una proyección de su actividad y su personalidad. Por otra parte, como efecto de la especialización creciente, el público adopta con frecuencia,

## LOS INTELLECTUALES EN LA CRISIS SOCIAL PRESENTE

a los ojos de muchos productores de cultura, la fisonomía de un pequeño grupo de entendidos, o inclusive aparece sustituido por sectores de la propia intelectualidad que, aún actuando en función de público, no lo son en rigor, puesto que carecen de todos aquellos caracteres señalados antes.

Todo esto, junto con el desarrollo relativamente independiente de la Cultura, que sigue una línea de desenvolvimiento hasta cierto punto autárquica, y que muchas veces consiente a sus productores durar y hallar una repercusión continuada a lo largo de varias generaciones, o bien un eco amplio, detrás de su propia edad, una eficacia nueva sobre generaciones futuras de público, son circunstancias que concurren a crear en la intelectualidad la impresión de que tampoco al público esta vinculada, sino que es por entero *independiente*. En la fórmula *el arte por el arte* y análogas hay—aunque también haya otras cosas—una afirmación de este convencimiento.

La ilusión de independencia está aún favorecida por otro factor: entre las que podemos llamar formas secundarias de inserción de la intelectualidad en la total estructura social—situaciones distintas de la inserción típica, que también tienen su influencia, aunque no decisiva—quizás la más frecuente sea la representada por instituciones de cultura dentro de las cuales labora y produce el intelectual, en una posición casi siempre relacionada con la burocracia docente. Así pues, encontramos con la mayor frecuencia una forma de inserción social a través de un aparato oficial, instituido, neutral, generalmente respetado, distante, aparentemente al servicio exclusivo de intereses intelectuales o espirituales: y con ello se ensancha en el terreno de la experiencia concreta la general impresión deducida, con validez para todo el grupo, de la forma típica de su inserción—pues tampoco aquí hay contacto directo con intereses sociales activos.

## EL TRIMESTRE ECONOMICO

Pero a este resultado de disociación, entre el intelectual moderno y la sociedad en que vive y actúa, colabora también otro aspecto de su situación sobre el que no puedo extenderme en la medida que su importancia merece, pero que tampoco es posible pasar por alto: el de la especie de autoridad ejercida en la sociedad moderna por el grupo intelectual. Antes se ha dicho que, en cuanto a la forma, la intelectualidad es análoga a las profesiones liberales; se trata, en efecto, de una actividad abierta al público y regida por las leyes de la competencia. Pero también se ha aludido antes a la función cuasi sacerdotal asumida por esa intelectualidad. En todo caso, el contenido de su actividad es por entero distinto del de las profesiones liberales, pues que no se endereza a cumplir una tarea utilitaria y parcial, sino a ejercer la dirección espiritual en la sociedad. De esta función recibe su prestigio y la autoridad enorme de que aparece investida. En realidad, sobre los intelectuales recae en la sociedad burguesa la mayor suma de autoridad espiritual. Solo que, aun siendo tan grande esta autoridad, por efecto de las disociaciones que caracterizan a la sociedad burguesa ya desde el Renacimiento, se encuentra inerte en sus manos, y no es susceptible de alcanzar sino una eficacia difusa, remota, indirecta; pues no va unida a ningún medio auténtico de poder. Así pues, hay un contraste violento entre la posesión de autoridad tan alta y la imposibilidad de hacer aplicación directa de ella sobre la realidad social. El tema, siempre reiterado, repetido con significativa insistencia, de la "superioridad de las ideas" y de su carácter invencible frente a la violencia, expresa ese contraste, a la vez que revela el esfuerzo por compensarlo y transparenta el resentimiento nacido de él.

Esa situación permite también a los intelectuales desprender la impresión de hallarse desconectados de la sociedad. Pues, por otra parte, ni siquiera constituyen un

## LOS INTELLECTUALES EN LA CRISIS SOCIAL PRESENTE

grupo organizado: en una época dominada por el racionalismo individualista, en que el creador se esfuerza sobre todo por afirmar su personalidad en la *originalidad* de la obra que *firma*, tal modo de producir es todavía un elemento más que contribuye a hacer posibles los nuevos desarrollos alcanzados por la vieja creencia en la independencia y absoluta autonomía del pensamiento y del espíritu.

Una tal ilusión no es de ahora. Pero se fundaba antes en la falta de perspectiva del sujeto, directamente afincado en la estructura social firme desde la que pensaba y producía, y que era para él una evidencia, una realidad indiscutible, no sometida a examen. De este modo, la pretensión de la autonomía del espíritu se contrarrestaba en mucha parte por la adhesión íntegra del hombre a la estructura social en que estaba implantado. Mientras que el intelectual moderno se siente, en su pensamiento como en su persona, desligado de *toda* estructura social: de ahí su endosiamiento como creador y, sobre todo, el consciente despego y hostilidad a veces encarnizada hacia la estructura social concreta y hacia la sociedad misma, que con tan notable frecuencia ha hecho de él, en mayor o menor grado, un elemento disolvente.

Claro está, que aquí como siempre, al señalar un fenómeno dentro de una cierta conexión, no se excluyen las demás causas que concurren a producirlo haciendo de él un nudo o complejo. Si quisiéramos ofrecer una caracterización más completa del marcado carácter antisocial de la intelectualidad moderna, podría acentuarse que la ilusión de total independencia que le es propia en la manera que acaba de verse, viene a agudizar en ella la que pudiéramos llamar tendencia luciferina de toda actividad intelectual, la constante tentación del *non serviat* que es resultado de la efectiva excelsitud de esa actividad humana.

También habría que poner en la cuenta la influencia

## EL TRIMESTRE ECONOMICO

del progresismo implícito en el racionalismo individualista. El supuesto de un crecimiento indefinido del saber y de la racionalidad es convicción vital para una intelectualidad profesional, porque le promete un aumento de su influencia, mediante el presunto crecimiento de su prestigio, el presunto ensanchamiento del público, y la presunta sujeción del cuerpo social a las claves que la intelectualidad maneja. Y la dinamicidad de esa convicción progresista conduce a la propuesta de una reforma o reconstrucción radical de la sociedad según proyectos elaborados por vía discursiva, o cuando menos, hacia una crítica implacable y a fondo.

Añádase a esto que la intelectualidad ha sido, en los momentos agudos, el instrumento de lucha empleado por la burguesía ascendente para combatir los residuos aristocráticos o absolutistas en cada país, y que esta batalla en favor de las formas burguesas de vida se ha librado invocando argumentos de pretendida validez universal; que por causas históricas bien conocidas, la intelectualidad ha sido, desde la difusión del cristianismo en la Europa romanizada, y sigue siéndolo hoy, más internacional que territorial: que, con cierta frecuencia, en unos u otros países, ha sostenido ocasionales luchas y sufrido ocasionales persecuciones en defensa de los fueros del espíritu frente a la razón de Estado o, casi siempre, frente a los intereses de gobiernos, contribuyendo así a formar en el público y en ella misma la idea de su alianza natural con los grupos sociales interesados en cada instante por promover cualquier evolución social, contra aquellos otros interesados en resistir a toda evolución.

Esta caracterización en rasgos generales y sumarios vale, en mi propósito, para fijar la situación de la intelectualidad dentro de la sociedad liberal burguesa, en busca de aclaración para la actitud que asume a la hora de la crisis. En cierto sentido, podría significar este ensayo algo



## LOS INTELLECTUALES EN LA CRISIS SOCIAL PRESENTE

como el programa de una investigación profunda que tomara en cuenta un país o un grupo de países, y estudiara el problema en todos sus aspectos y en todas sus fases. Pues claro está que esta materia, como todo lo que se da en la Historia, debe ser entendida y encarada como una evolución, cada momento de la cual significa una conjunción distinta, modificada para el siguiente. Sería interesante de modo muy especial en esa investigación el capítulo correspondiente al papel jugado por la intelectualidad en la precipitación de la crisis, y como los procesos preparatorios de ésta, a su vez, han modificado las condiciones y también la mentalidad de los intelectuales; la valoración de ciertos fenómenos: ensanchamiento de la intelectualidad, su proletarización, la adhesión activa de sectores de ella a causas proletarias, etc. Pero todas las modificaciones operadas a lo largo del proceso no destruyen, sin embargo, lo fundamental en la situación, ya que esto solo puede alterarse con la alteración de la estructura básica de la sociedad misma.

Y puesto que este último hecho se está cumpliendo en la conmoción de una tremenda crisis, observamos en ella las reacciones de una intelectualidad que, pese a todo, sigue presentando los rasgos constitutivos correspondientes a su situación en la sociedad liberal.

Por lo pronto, ha de producirle un movimiento de irritación, pues, sin saber por qué, sin encontrarle justificación al hecho, se siente perturbada e inquietada por cuestiones y problemas que, según piensa, ni le afectan ni le importan. Encuentra intolerable que las incidencias de la calle perturben la serenidad de las mentes, interrumpen el trabajo de la producción espiritual y practiquen fisuras en el olímpico edificio de la Cultura. Pero, al reaccionar contra la intromisión de la crisis, ya comienza el intelectual a sentirse agarrado por ella, e involucrado en su angustia.

## EL TRIMESTRE ECONOMICO

Y la crisis camina hacia su punto álgido, y pronto no consentirá siquiera el menor movimiento de defensa y reserva.

Porque la crisis es una ruptura de los equilibrios sociales y una aceleración de los procesos evolutivos que, con ritmo lento, medido y apenas perceptible, cumplen en tiempos normales el paso de la Historia. En tiempos normales, ese ritmo consiente a los hombres irse acomodando a los cambios, puesto que el proceso social está atemperado a la sucesión de las generaciones. Pero en cambio en épocas de crisis, como es la que vivimos, los desenvolvimientos son rápidos, violentos muchas veces; los fenómenos sociales aparecen como golpes de escenografía, y quiebran la continuidad de las situaciones concretas de cada uno, dejando a los hombres frente a situaciones nuevas, que nunca habían entrado en el campo de sus previsiones. Estas condiciones invisten de un tremendo dramatismo a la existencia individual. La disyunción violenta de las piezas del aparato social trastorna el orden de las relaciones humanas creando de un golpe estados que reproducen los originados en grandes cataclismos de la Naturaleza—inundaciones, terremotos, epidemias—; pero que se diferencian fundamentalmente de ellos en que proceden de desenvolvimientos internos, de procesos en que entra en juego la voluntad, y se producen así en pugnas violentas de los grupos sociales, que tienden a inculparse recíprocamente por los sufrimientos comunes derivados de la crisis, y que intentan salvarse mediante afirmaciones particularistas, en provisionales rupturas del sentimiento de totalidad. De este modo, dentro del desorden que la crisis comporta, cada tipo social busca un principio de ordenación propio, con referencia a los intereses del grupo que está inserto; atraviesa el naufragio y busca la salvación y compone su sistema de amistades y enemistades, y conserva en alguna manera la consecuencia

## LOS INTELLECTUALES EN LA CRISIS SOCIAL PRESENTE

de su conducta, siempre en la conexión con su grupo. Las contraposiciones se han agudizado, la hostilidad ha conducido a tensiones extremas y los grupos sociales se han cerrado hacia formas de comunión...

Y entre tanto ¿qué hace, qué puede hacer el intelectual "independiente", que cree carecer de inserción social, que no siente pertenecer a ningún sector, que no experimenta solidaridad profunda con intereses a'gunos en la sociedad? Observa con pavor que su público—ese público que era suyo, materia blanda para sus manos, en espera siempre de que él lo configurase, lo formase; esa masa amorfa y pasiva, aún por organizar; esa opinión pública maleable, impresionable, susceptible de ser convencida, dirigida, extraviada, etc.; ese algo negativo que a veces no era sino la minoría selecta, el juicio de los entendidos, la posteridad, una sombra, nada—aparece ahora, de improviso, en presencia terrible, dividido en compartimentos estancos, escindido en grupos hostiles entre sí y provistos de una voluntad, de contenidos muy simplistas, pero no por eso menos activa y decidida. Y ese público, así transformado ahora, le espía, pidiéndole una toma de posición inmediata en la pugna—no ya de ideas y opiniones dentro de un mismo ámbito, sino en la lucha a vida o muerte. Y le asalta, le hostiga, le exige que se defina de un modo perentorio, porque siente el anhelo de un poco de racionalidad en su ansia, y porque necesita de su nombre y de su actividad como de un instrumento más de lucha; y en otro caso, hasta para tenerlo por enemigo.

Entonces el intelectual advierte que no puede desentenderse de la situación social de que se creía tan desligado. Pues si intenta seguir adelante su obra, prescindiendo del tumulto, encuentra entonces que su mano está paralizada y que su viejo acento se ha quebrado como por obra de maleficio. Y es que la situación real desde la que producía, en la que se apoyaba sin saberlo, ha quedado disuelta

y ya no le presta su suelo. Han cambiado con toda rapidez los supuestos de que se nutría su pensamiento, y advierte que no les es posible seguir laborando en la misma línea. ¿Qué hacer?

Tal vez cruzarse de brazos, con dolor humano, perderse, buscar el silencio y compartir oscuramente el sufrimiento y el no saber de la gente; es decir, renunciar al propio pasado y al propio ser, a todo, para sumirse en la caridad. Una actitud excelsa, sin duda; pero los caminos de los santos no son caminos accesibles a mucha gente.

O bien, obstinarse en repetir como un eco lamentable de sí mismo lo ya hecho y producido, y seguir sosteniendo, por cálculos o simulada consecuencia, lo que está seco en sus raíces. Y entonces, oírse denostar como farsante, y leer este denuesto en la mirada dura, ansiosa y sincera de las gentes.

O bien, sintiéndose reclamado de tales o cuales elementos de la estructura social, ponerse a su servicio. El intelectual descubre muchas veces en sí vinculaciones que no sospechaba siquiera con toda esa estructura de que se creía independiente; y al descubrirlas, hace acto de sumisión y acatamiento, y se adhiere incondicionalmente a aquellos sectores sociales que definían y daban carácter a la estructura. Pero, entre tanto, ésta ha sido alterada a fondo por la crisis, al descomponer la conciencia de totalidad y destruir, aún en los mismos grupos que disponen del poder social, el sentimiento de legitimidad de poder, que se les ha hecho precaria. Por eso, el intelectual no se adhiere ahora a un orden determinado, con el margen de licencia que es el lujo de toda situación consolidada. Se adhiere en todo caso a una facción, que tiene la intransigencia propia de los beligerantes, y que sólo ve y quiere en él su prestigio acreditado, un nombre a exhibir y unas aptitudes técnicas a aprovechar en la propaganda de su causa. Tiene que pagar el perdón de su pretérita independencia

## LOS INTELLECTUALES EN LA CRISIS SOCIAL PRESENTE

al precio de una sumisión incondicional y servil. De un salto, desciende de la dignidad sacerdotal que venía detentando; y en él pierde también la compostura y decoro de su oficio. La pirueta de su caída resulta más grotesca, porque en ella lo que se descompone es una dignidad muy alta.

Y de este modo, en medio del desmoronamiento general de la crisis, el fracaso de los intelectuales—una fracaso que está en la naturaleza de las cosas—ofrece al mundo uno de los más penosos y deprimentes espectáculos.